

EN LAS TRINCHERAS DE STALINGRADO

VÍKTOR P. NEKRÁSOV

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE FERNANDO OTERO MACÍAS



TÍTULO ORIGINAL: *В окопах Сталинграда*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © Viktor Nekrásov estate, all rights reserved
© de la traducción, Fernando Otero Macías, 2022
© de la traducción del epílogo, Yulia Dobrovólskaya, 2022
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2022
© de la imagen de cubierta: detalle de fotografía (Soldados soviéticos luchando durante la batalla de Stalingrado contra el ejército nazi en la Acería Octubre Rojo), Album / akg-images / Yakov Ryumkin (1913-1986)

Derechos exclusivos de traducción en lengua española para todo el mundo:
Automática Editorial S.L.U.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.



Publicado con la colaboración del Instituto para la Traducción Literaria, Rusia/
Published with the support of the Institute for Literary Translation, Russia



AD VERBUM

ISBN: 978-84-15509-71-4
DEPÓSITO LEGAL: M-21428-2022

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Kadmos

Primera edición en Automática: septiembre de 2022

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

EN LAS TRINCHERAS DE STALINGRADO

VÍKTOR P. NEKRÁSOV

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE FERNANDO OTERO MACÍAS



ÍNDICE

PRIMERA PARTE – 13

SEGUNDA PARTE – 169

EL SIETE DEL DIABLO – 377

EPÍLOGO. CUARENTA AÑOS MÁS TARDE – 437

PRIMERA PARTE

I

La orden de retirada llega del modo más inesperado. Ayer mismo el Estado Mayor de la división nos envió un plan detallado de trabajos defensivos: las segundas líneas, el reacondicionamiento de las carreteras, las pasarelas. Me pedían tres zapadores para montar el club de la división. Por la mañana llamaron del Estado Mayor: había que prepararse para recibir al conjunto de cantos y bailes del frente. ¿Podía haber algo más tranquilo? Ígor y yo nos afeitamos para la ocasión, nos cortamos el pelo y nos lavamos la cabeza; después hicimos juntos la colada y, mientras se secaban los calzoncillos y las camisetas, nos tendimos en la orilla de un riachuelo agostado, observando cómo mis zapadores construían balsas para los exploradores.

Mientras fumábamos allí tumbados, espantándonos mutuamente de la espalda los gruesos y lentos moscardones, mirábamos cómo mi *pomkomvzvoda*,¹ exhibiendo el blanco trasero y los negros talones, daba volteretas en el agua, poniendo a prueba la estabilidad de la balsa.

En estas apareció el enlace del Estado Mayor, Lazarenko. Lo divisé desde lejos. Sujetando con la mano la metralleta que le iba dando golpes en la espalda, cruzó los huertos al

1 El *pomkomvzvoda* (acrónimo formado a partir de *pomóshchnik komandira vzvoda*) era el ayudante —típicamente, un suboficial— del oficial al mando de una sección (*vzvod*) de una compañía. (*Todas las notas, salvo que se indique otra cosa, son del traductor.*)

trote, y no tardé en comprender, viendo cómo corría, que no venía por lo del concierto. Tenía que tratarse, una vez más, de alguna inspección del ejército o del frente... Vuelve a arrastrarte hasta la posición avanzada, vuelve a enseñar cómo se han organizado las defensas, vuelve a escuchar objeciones. Otra noche perdida. Y la culpa de todo la tenemos siempre los ingenieros.

No hay nada peor que defender una posición. Todas las noches hay una inspección. Y cada quien tiene sus gustos. No falla. Para uno, las trincheras son demasiado angostas, se hace difícil evacuar a los heridos y desplazar las ametralladoras. Para otro, resultan demasiado anchas, y dejan pasar las esquivas. Para un tercero, los espaldones son bajos: tendrían que ser de cero cuarenta, y los suyos, vea, no llegan a veinte. Un cuarto ordena desmantelarlas: nos delatan, dice. A ver quién los contenta a todos. A todo esto, el ingeniero de la división ni se inmuta. En dos semanas, solo ha estado aquí una vez, recorriendo al galope la posición avanzada, y no ha dicho nada claro. Y cada vez me toca volver a escuchar —en posición de firmes— las reprimendas del jefe del regimiento: «Pero, mi estimado camarada ingeniero, ¿cuándo va a aprender de una vez a cavar trincheras como es debido?»...

Lazarenko salta por encima de la empalizada.

—¿Y bien? ¿Qué pasa?

—Le llama el jefe del Estado Mayor. —Exhibe una dentadura blanca y resplandeciente mientras se enjuga con el gorro la frente bañada en sudor.

—¿A quién? ¿A mí?

—*І вас, і начіма. Щоб через пять минут були, сказав.*²

2 A usted y al jefe de los químicos. Que se presenten dentro de cinco minutos, ha dicho. (En ucraniano; en el original, los pasajes en esta lengua aparecen parcialmente rusificados, tanto gráfica como léxicamente).

Pues no, no era una inspección.

—¿Y no sabes de qué se trata?

—*А б'іс його знає.* —Lazarenko se encogió de hombros; los tenía empapados en sudor—. *Хіба зрозуміеш... Всіх связних розізнали. Капітан як раз спати лягли, а тут офіцер связи...*³

No hay más remedio que enfundarse los calzoncillos y la camiseta, todavía mojados, y encaminarse al Estado Mayor. También han convocado a los jefes de las secciones.

Falta el jefe del Estado Mayor, Maksímov. Está con el superior del regimiento. En el refugio se encuentran los comandantes de las unidades especiales y los oficiales de la plana mayor. De los *kombaty*⁴ solo está presente Serguienko, al mando del tercer batallón. Nadie sabe nada a ciencia cierta. El oficial de enlace, el larguirucho teniente Zvérev, se afana con su silla de montar. Resopla, maldice, no es capaz de apretar la cincha.

—El Estado Mayor de la división prepara el traslado. Esto es lo que hay...

No sabe nada más.

Serguienko, tumbado boca abajo, saca punta a una astilla y refunfuña como de costumbre:

—Acabamos de poner a punto la cámara de desinfección, y ahora hay que salir a escape, qué diablos. ¡Maldita sea la vida del soldado! Los combatientes se rascan hasta hacerse sangre. No hay manera de evacuarlos...

El oficial a cargo de los PTR,⁵ el rubio Sámusev, de ojos acuosos, sonrío con desdén:

3 El demonio sabrá. [...] Cualquiera lo entiende... Han despachado a todos los enlaces. El capitán justo acababa de acostarse, y de repente aparece el oficial de transmisiones...

4 *Kombat* (en plural, *kombaty*): acrónimo de komandir bataliona (jefe de batallón).

5 *PTR*: *protivotánkovoie ruzhió* (fusil antitanque).

—En cuanto a la cámara de desinfección... La mitad de mis hombres están en cama, y hay que ver cómo tienen la espalda después de la vacuna. Casi un vaso de lo que sea le han inyectado a cada uno. Gimen, se quejan...

Serguienko suspira:

—¿Y no será que nos estamos reagrupando?

—Ajá... —Goglidze, un explorador, fuerza una sonrisa—. Anteayer rindieron Sebastopol,⁶ y ya está pensando en reagruparse... Te esperan con impaciencia en Taskent.⁷

Nadie responde nada. En el norte hay un estruendo incesante. A lo lejos, en el horizonte, con un zumbido intermitente, avanzan despacio los bombarderos alemanes: van todos en esa misma dirección, hacia el norte.

—Van a por Valuiki,⁸ los muy canallas. —Sámusev escupe con ira—. Dieciséis unidades...

—Dicen que Valuiki ya ha caído —anuncia Goglidze. Siempre lo sabe todo.

—¿Quiénes lo «dicen»?

—Ayer lo oí en el 852.

—Mucho saben esos...

—Mucho o poco, pero es lo que dicen...

Sámusev suspira y se tumba boca arriba.

—En todo caso, explorador, has cavado este refugio para nada. Se lo dejas a los Fritz⁹ de recuerdo.

Goglidze se ríe.

6 Después de un largo asedio, Sebastopol fue tomado por las fuerzas alemanas el 4 de julio de 1942.

7 Taskent (o Tashkent, según la transcripción tradicional), capital de la actual república de Uzbekistán, se convirtió en uno de los principales centros de evacuación soviéticos durante la Segunda Guerra Mundial.

8 Ciudad situada en Rusia meridional, en el *óblast* de Bélgorod, cerca de la frontera con Ucrania; la localidad cayó en manos alemanas el 6 de julio de 1942.

9 Término con el que los rusos, especialmente durante la Segunda Guerra Mundial, se referían despectivamente a los alemanes.

—Es una señal muy fiable. Ni más ni menos. En cuanto termino de cavar, ya se sabe, toca ponerse en marcha. Ya es la tercera vez que cavo un refugio, y ni una sola vez he podido dormir en él.

Maksímov sale del refugio del mayor. Se acerca a nosotros con paso recto, como en un desfile. Por su forma de andar se le reconoce a un kilómetro. Salta a la vista que no está de humor. Resulta que Ígor lleva la guerrera y el bolsillo desabrochados. A Goglidze le falta un distintivo. ¡Cuántas veces hay que recordar estas cosas! Pregunta quién no está presente. Faltan dos *kombaty* y el jefe de transmisiones: ayer mismo los llamaron del Estado Mayor de la división.

No dice nada más, se sienta al borde de la trinchera. Estirado, seco, abotonado como siempre hasta el cuello. Da unas caladas a una pipa con la cabeza de Mefistófeles. No nos mira.

Con su aparición todos nos hemos callado. Para no dar sensación de estar ociosos —hay un deseo instintivo de parecer atareados en presencia del jefe de Estado Mayor—, todos husmean en los portaplanos o se buscan algo en los bolsillos.

La segunda oleada de bombarderos alemanes surca el horizonte.

Llegan los *kombaty*: el fornido Kappel, del segundo batallón, ya entrado en años, que recuerda a un *bulldog* de pura raza; y el bizarro comandante del primer batallón, Shiriáiev, con un diente de oro y el gorro inclinado con gallardía sobre la ceja izquierda. En el regimiento lo llaman Kuzmá Kriuchkov.¹⁰

10 Kozmá Fírsovich Kriuchkov (1890-1819), cosaco del Don; fue el primer militar ruso condecorado con la prestigiosa Cruz de San Jorge en la Primera Guerra Mundial, por su valerosa actuación en un choque con las tropas alemanas el 30 de julio de 1914. En la guerra civil rusa combatió en las filas del Ejército Blanco, y murió en el llamado Levantamiento de Vióshenskaia, el 18 de agosto de 1919. El retrato más conocido de Kriuchkov, muy difundido durante la Primera Guerra Mundial —llegó a aparecer, por ejemplo, en el envoltorio de una célebre marca de caramelos—, lo presenta con la gorra de plato aparatadamente inclinada, al estilo cosaco, hacia el lado derecho.

Los dos saludan: Kappel, al estilo civil, con la palma medio encorvada hacia delante; Shiriáiev, al modo de los cuadros en el frente, abriendo el puño y pegando los dedos a la gorra al pronunciar las últimas palabras del parte.

Maksímov se levanta. También nosotros.

—¿Todos tienen los mapas? —Su voz es brusca, desagradable. Se le ha apagado la pipa. Pero sigue chupándola maquinalmente—. Les ruego que los saquen.

Los sacamos. Maksímov despliega su *piatviorstka*,¹¹ suave y manoseada. Una gruesa línea roja recorre todo el mapa de izquierda a derecha, de oeste a este.

—Anoten la ruta.

Tomamos nota. Es una ruta extensa, de unos cien kilómetros. El punto de llegada es Novo-Bélenkaia. Allí tenemos que concentrarnos dentro de sesenta horas, es decir, dentro de dos días y medio.

Maksímov vacía la pipa golpeándola contra el tacón, escarba en ella con una ramita y vuelve a llenarla de tabaco.

—¿Está claro el panorama?

Nadie responde.

—En mi opinión, está claro. Salimos a las 23:00. La primera jornada es de treinta y seis kilómetros. Descanso en Vérjniaia Duvanka. Iremos en columna de marcha. Con patrullas de vigilancia y protección, desde luego. El orden de movimiento se lo dará a conocer Kórsakov dentro de diez minutos. Ahora mismo lo está elaborando.

Las palabras de Maksímov son afiladas. En cada una de ellas resuena cada letra. No habría sido un mal locutor.

11 Mapa en el que cada pulgada representa cinco verstas (*piat viorst*) de terreno. Dado que la pulgada equivale a 2,54 cm y la versta a unos 1.067 m, estos mapas son de una escala aproximada de 1:40.000.

—El primer batallón se quedará en su puesto. ¿Entendido? Cubrirá al resto. Les prevengo de que hay que recogerlo todo. Y que no haya ningún rezagado. Es una etapa larga. Revisen el calzado, los peales...

Sujetando la pipa con sus finos dedos, despide breves y enérgicas bocanadas de humo. Mira a Shiriáiev con el ceño fruncido.

—¿Con qué cuentas tú, *kombat*?

Shiriáiev se levanta, se estira la guerrera.

—Bayonetas activas, veintisiete. Y, en total, con jinetes y enfermos, cuarenta y cinco hombres.

—¿Armamento?

—Dos Maxim.¹² Tres Degtiariov.¹³ Morteros de 82 milímetros, tres.

—¿Y minas?

—Unas cien.

—¿Y morteros de 50?

—Ni uno. Y no hay mucha munición. Dos cintas por ametralladora de afuste y cinco o seis discos por cada ametralladora ligera.

Shiriáiev habla con calma, sin apresurarse. Se nota que está emocionado, pero procura no mostrar su emoción. Da gusto verlo. El correaje bien ajustado. Hombros desplegados. Pantorrillas fuertes. Las manos en posición de firmes, con los puños ligeramente apretados. Por el cuello desabrochado de la guerrera le asoma el triángulo azul de la camiseta. Es raro que Maksímov no le haga ninguna observación.

12 La Maxim fue la primera ametralladora automática portátil; fue ideada en 1884 por el inventor británico, de origen estadounidense, Hiram Stevens Maxim (1840-1916).

13 La ametralladora ligera Degtiariov —o DP-27— fue muy usada por el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial; la diseñó Vasili Alekséievich Degtiariov (1880-1949).

—Muy bien... —Después de doblar el mapa cuidadosamente, Maksímov lo guarda en el portaplanos—. Todo aclarado. Contigo se queda Kérzhentsev, el ingeniero. ¿Entendido? Resistid un par de días. El 8, al anochecer, emprended la retirada.

—¿Por la misma ruta? —pregunta con cautela Shiriáiev. No aparta los ojos de Maksímov.

—Sí, por la misma. Si no nos encontráis... Bueno, ya sabes que entonces... Eso es todo...

Shiriáiev inclina la cabeza, consciente. Todos callamos. Alguien, posiblemente Kappel, suspira entrecortadamente.

—¡He dicho que eso es todo! —Maksímov se vuelve bruscamente hacia él—. ¡A sus puestos!

—¿Retiro ahora mismo a mis hombres? —pregunta con suavidad el *kombat* del tercer batallón, un miope con aire de sabio.

De repente a Maksímov, que estaba pálido, se le pone la cara roja.

—¿Está usted en el frente o dónde? ¿Quiere que acaben con todos sus hombres a pleno día? Después de todo, hay que tener la cabeza sobre los hombros...

Todos nos ponemos de pie, sacudiéndonos la arena y la hierba.

—Ustedes vengán a mi refugio. —Se dirige a Shiriáiev y a mí.

El búnker es angosto y húmedo, huele a tierra. En la mesa están los planos de nuestra defensa: trabajo mío. Me han tenido ocupado toda la mañana para poder mandarlos a tiempo al Estado Mayor de la división. Tenía de plazo hasta las 20:00.

Maksímov coloca las hojas cuidadosamente, haciendo coincidir las esquinas, las hace trizas, quema los trozos en el candil. El papel se retuerce, se agita, se ennegrece.

—Los alemanes han llegado a Vorónezh —dice con voz queda, aplastando con la punta de la bota la ceniza negra y delicada—. Ayer por la tarde.

Callamos.

Maksímov saca de debajo de la mesa una cantimplora de aluminio, forrada de fieltro, con un vaso enroscado. Bebemos por turnos de este vaso. El *samogón*¹⁴ es fuerte, de unos sesenta grados. Quema en la garganta. Lo acompañamos de pepinillos en salmuera y después tomamos otra ronda.

Maksímov se frota largamente el entrecejo con dos dedos.

—¿Tú participaste en la retirada del 41, Shiriáiev?

—Sí. Desde la misma frontera.

—Desde la frontera... ¿Y tú, Kérzhentsev?

—Yo no. Estaba en la reserva.

Maksímov mastica un pepinillo con aire distraído.

—Las cosas están feas, en general... No podemos romper el cerco. —Mira directamente, con fijeza, a los ojos de Shiriáiev—. Ahorra munición... Te quedarás aquí estos dos días... no dispares mucho. Lo justo para disimular. Y no entres en combate. Búscanos. Búscanos... En algún sitio estaremos. Si no en Novo-Bélenkaia, por allí cerca. Pero recuérdalo también tú, Kérzhentsev —me mira con severidad—, hasta el 8 no os mováis de aquí. ¿Entendido? Aunque se hunda la tierra bajo vuestros pies. Eso ha dicho el mayor: «Deja a Shiriáiev y que le ayude Kérzhentsev». Esto quiere decir algo... ¡Sí! ¿Qué vas a hacer con el convoy?

Shiriáiev sonríe.

—¡Al diablo con el convoy! ¡Llevadlo con vosotros! Solo me quedo con tres carros para la munición. Y ya son muchos...

—Muy bien. Nos lo llevamos.

14 Aguardiente casero.

Se asoma al refugio el escribiente del Estado Mayor, un sargento fofo, con la cara redonda. Pregunta qué hay que hacer con el cajón verde, si llevarlo o quemarlo. El capitán ya ha dicho en alguna ocasión que no importa si se quema: no hay nada en él que sea necesario.

—¡Quémalo, por Alá! Llevamos medio año arrastrando ese trasto. ¡Quémalo!

Se marcha el escribiente.

—¿Usted cree en los sueños, Kérzhentsev? —pregunta de repente Maksímov; por alguna razón me trata de «usted», aunque generalmente me tutea, como hace con todos. Sin esperar a mi contestación, añade—: Hoy, en sueños, se me han caído los dos dientes de delante.

Shiriáiev se ríe. Tiene una dentadura sólida, perfectamente alineada.

—Según dicen las viejas, eso es que alguien cercano va a morir.

—¿Alguien cercano? —Maksímov dibuja una figura enmarañada en un pedazo de periódico—. ¿Están casados?

—¡No! —respondemos casi al unísono.

—Mal hecho... Yo tampoco estoy casado y ahora lo lamento. La mujer es imprescindible. Imprescindible como el aire. Precisamente ahora...

La figura enmarañada se transforma en una cabeza femenina de largas pestañas y una boquita de piñón. Con un lunar sobre la ceja izquierda.

—¿Usted no es de Moscú, Kérzhentsev?

—No, ¿por qué?

—No, por nada... Yo conocía a una Kérzhentseva... Hace tiempo, antes de la guerra. Zinaída Nikoláievna Kérzhentseva. ¿No será pariente suya?

—No, en Moscú no tengo a nadie.

Maksímov se pasea de un lado a otro del refugio. El techo es bajo, hay que moverse con la cabeza gacha. Tengo la impresión de que le apetece contar algo, pero le da vergüenza o no acaba de decidirse.

Shiriáiev echa un vistazo al reloj: pequeño, con una correa negra muy fina. Maksímov se da cuenta, se detiene.

—Sí, sí... Váyanse —se apresura a decir—, váyanse, hay poco tiempo.

Nos levantamos y salimos del refugio. Él nos sigue. No se oyen cañonazos. Solo el croar de las ranas.

Nos quedamos algunos minutos escuchando las ranas. La sombra de los pinos llega ya hasta el mismo refugio. Dos proyectiles de mortero pasan silbando, uno tras otro, por encima de nosotros y estallan a lo lejos, a nuestra espalda: al parecer, son del batallón. Shiriáiev se sonríe:

—Siguen acribillando el bosquecillo por todas partes. Pero hace ya tres días que las baterías no están allí.

Escuchamos atentamente por si siguen pasando proyectiles. Pero ya no se oyen.

—Venga, márchense —dice Maksímov, extendiendo la mano—. Pero tengan cuidado...

Hace un gesto como si quisiera abrazarnos, pero no se decide y se limita a estrecharnos la mano con fuerza.

—Preserva la munición, Shiriáiev, no la derroches.

—¡A sus órdenes, camarada capitán!

—Ten cuidado...

Y se aleja con paso firme hacia los arbustos, donde se ve fugazmente a los soldados de transmisiones rebobinando el hilo.

Me pongo de acuerdo con Shiriáiev: iré a buscarlo en una hora y media o dos, cuando haya arreglado mis asuntos.